

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA MISIÓN

Stephen Bevans, SVD

Introducción: la noción de espiritualidad

En esta charla nos centraremos en el desarrollo de una “espiritualidad de la misión”. Para empezar, debo reconocer que definir lo que se entiende hoy por “espiritualidad” es una empresa riesgosa. En efecto, hay muchas definiciones de espiritualidad, y aunque todas tienen mucho en común, a veces difieren bastante entre ellas. Estoy seguro de que no todos estarán de acuerdo con la definición o descripción de espiritualidad con la cual trabajaré aquí. Pero de alguna parte hay que comenzar.

A mi entender, la espiritualidad es 1) una especie de “marco” o “conjunto” de valores, símbolos, doctrinas, actitudes y prácticas que 2) unas personas o una comunidad tratan de hacer propios 3) con objeto de hacer frente a una determinada situación, para crecer en el amor de Dios y en la autotranscendencia, y cumplir una determinada tarea en la vida o en el mundo. En otras palabras, la espiritualidad es como una reserva (pozo) en el que una persona o comunidad pueden abreviar para motivar su acción, no desubicarse, reforzar su compromiso y evitar el desaliento en los momentos difíciles. Una forma, para decirlo de otra manera, de proyectarse en la presencia infinita, vivificante, refrescante y poderosa del Espíritu de Dios, para vivir en estado de gracia, y en espíritu de gratitud y crecimiento.

Por un lado, todos, cristianos o no, creyentes o no, piadosos o no, tienen una espiritualidad. Una espiritualidad, implícita o explícita, cultivada o descuidada, es simplemente la forma en que las personas afrontan la vida. Al menos para quienes contemplan la existencia humana desde una perspectiva religiosa. Las espiritualidades son muy personales, y de una forma u otra todos cultivan una. Por otra parte, y teniendo en cuenta las diferencias, preferencias y necesidades individuales, hay algunas espiritualidades que son *sistemas* (particulares, experimentados como auténticos, o nuevas formas de pensar, orar, imaginar y actuar) que se han elaborado para que en determinadas circunstancias las mujeres y los hombres encuentren la estabilidad que necesitan, el desafío que les hace falta, el crecimiento que buscan. Y así podemos hablar de espiritualidad laical, espiritualidad de la Preciosa Sangre, espiritualidad SVD, espiritualidad australiana, espiritualidad sacerdotal, etc.

La espiritualidad de la misión

Será con vistas a elaborar una espiritualidad de este último tipo que procuraré en este ensayo trazar un marco de espiritualidad de la *misión*. O sea, una espiritualidad para mujeres y hombres que quieren crecer y prosperar en su identidad de personas que participan conscientemente en la misión del Dios Trinitario, particularmente en lo que supone salir de las propias zonas de seguridad en materia de cultura, condición social, idioma y ubicación geográfica.

Dicho lo cual, no creo que haya *una* particular espiritualidad de la misión válida para

todos. La espiritualidad de la misión, como la misión misma, es siempre y en todas partes una espiritualidad *contextual*. Depende de *dónde* se la ejerza (en la próspera América del Norte o en la América Latina pobre), de *cuándo* se realice (apenas llegados y teniendo que aprender la lengua, o ya retirados de la pastoral habitual), de la experiencia de cada uno (fracasos, luchas, identificación con la gente de una determinada cultura), de la perspectiva teológica de cada uno (¿Rahneriana?, ¿del proceso?, ¿centrada en el magisterio?). A causa de esta realidad contextual, lo que presentaré aquí será, por lo tanto, más bien un modelo, matriz o lista de comprobación *hacia* una espiritualidad particular de la misión. Los temas y preguntas que incluiré son los que, a mi modo de ver, toda espiritualidad de la misión debe abordar, pero su articulación dependerá de una variedad de factores contextuales. En otros términos, presentaré una serie de *constantes* de espiritualidad, que variarán según el contexto. Los lectores podrán darse cuenta también de que hay cuestiones y preguntas que no se tratan aquí, y que con toda libertad podrán añadir.

Nuestra matriz estará dividida en seis secciones, correspondientes a las seis preguntas siguientes: 1) ¿En qué textos bíblicos se basa nuestra espiritualidad de la misión? 2) ¿Quiénes son nuestros héroes o heroínas en la tarea misionera? 3) Cuál es el activo y el pasivo (ventajas y desventajas) de nuestra propia cultura cuando migramos hacia otra cultura o contexto? 4) ¿Cuál es nuestra perspectiva teológica básica al trabajar en una situación misionera? 5) ¿Cuál es nuestra experiencia de misioneros?, y 6) ¿cuáles son las prácticas necesarias para profundizar y desarrollar nuestra vida en la misión? Al explicar el sentido de cada una de estas preguntas iré indicando también las posibles respuestas. Una vez más, no se trata de ofrecer aquí una espiritualidad completa de la misión, sino de comprometer al lector en la construcción o articulación de la suya propia.¹

I. Fundamentos bíblicos

Toda espiritualidad tiene que estar basada en la Escritura, y la espiritualidad de la misión no es una excepción. De ahí la necesidad de plantearse la pregunta acerca de los pasajes, libros o temas sobre los que se basa nuestra vida misionera.

Puede haber pasajes importantes para ciertos momentos del servicio misionero. Por ejemplo, pueden ser fuente de fortaleza y de inspiración algunos de los grandes pasajes vocacionales como Is 6, 1-8, Jer 1, 4-10, Mt 4, 18-22 (la vocación de Pedro y Andrés, Santiago y Juan), o la invitación de Jesús a Andrés y Pedro “vengan y verán” en Jn 1, 35-39. Se puede recibir aliento en medio de las dificultades leyendo los sufrimientos de Jeremías en Jer 38, la pasión de Jesús como consecuencia de su fiel testimonio misionero del Reino de Dios, o la desconfianza con que miraban a Pablo algunos cristianos (Hechos 9, 23-30) o algunos que había tratado de evangelizar (Hechos 9, 19b-25 ó 13, 50-52).

¹Para la elaboración de este documento debo mucho a mi amigo y cohermano Larry Nemer, SVD. Conversando con él fueron saliendo las ideas que presento aquí, pero me asumo la plena responsabilidad de su elaboración. Larry hacía referencia a la obra fundamental sobre la espiritualidad de la misión de Michael C. Reilly titulada *Spirituality for Mission: Historical, Theological and Cultural Factors for a Present-Day Missionary Spirituality* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1978).

Pero también hay pasajes que pueden proporcionar directrices, inspiraciones y orientaciones básicas para entrar en una cultura, aprender una lengua, ser aceptados por la gente, relacionarse con las personas con las que se trabaja. La apasionada declaración de Pablo de que se había vuelto esclavo de todos con el fin de conquistar a muchos para Cristo, y de que se había vuelto “todo para todos” para poder “salvar a algunos por todos los medios” (véase 1 Cor 9, 19-23) podría servir de punto de referencia para los misioneros en una cultura muy diferente de la propia. Para mí, uno de los pasajes inspiradores es el de Jn 10,10: la razón de ser de mi ministerio, de mi testimonio y proclamación de Cristo es de dar, como Jesús, vida abundante al mundo. Mi colega Larry Nemer relata que en un curso de espiritualidad misionera, uno de los misioneros eligió como pasaje fundacional las bodas de Caná, del capítulo segundo del evangelio de Juan. El misionero, explicaba esa persona, es como el agua, que por la palabra de Jesús y en sus manos puede transformarse en un vino bueno, capaz de alegrar el ambiente. La secuencia de los Hechos de los Apóstoles siempre me ha impactado como una historia maravillosa de espiritualidad misionera. Es el Espíritu (el agente principal de la misión, como afirman Pablo VI y Juan Pablo II [véase EN 75 y RM 30]), el que desafía, llama, empuja a la iglesia más allá de las fronteras de su propia comprensión del evangelio para incluir en el plan de salvación a todos los pueblos y culturas. Es este movimiento del Espíritu el que llama a la Comunidad de Jesús a ser iglesia.

No existe un pasaje bíblico “normativo” para una espiritualidad de la misión. Entre otras cosas porque, como ya dije, el contexto de la actividad misionera de cada uno es variable. Además, porque *todo* el cuerpo de las Escrituras (Antiguo y Nuevo Testamento), pero especialmente el Nuevo, es el resultado de la reflexión de Israel y de la iglesia sobre la misión a la que han sido llamados a participar. El lector puede detenerse aquí, y reflexionar sobre las bases bíblicas que sirven de apoyo a su propia espiritualidad misionera.

II. Héroe/heroínas misioneros

Particularmente en el último decenio, más o menos, me ido convenciendo cada vez más de la importancia del ejemplo de los santos para mi vida espiritual. En 1997 me dieron un autógrafo de la maravillosa obra de Robert Ellsberg *All Saints*, en la que presenta para cada día la biografía de un “santo” (canonizado o no, cristiano o no cristiano).² Durante diez años leí todos los días una de las biografías de Ellsberg, pero después dejé de hacerlo durante algunos años y pasé a otras lecturas. Sé que no tardaré en volver a aquel libro, por la fuerza que se recibe al estar en contacto con esa tan gran “nube de testigos” (Heb 12,1) de nuestra fe, y porque personalmente me he sentido muy estimulado en mi fe y en mi pastoral por mujeres y hombres como John Main, el Cardenal Newman, Martin Luther King, Jr., Mary Mackillop, Mary Ward, Mahatma Gandhi y Pandita Ramabai.

Un segundo elemento de una espiritualidad de la misión consiste, a mi parecer, en estar arraigados en esas mujeres y hombres que nos han precedido, nos han dejado ejemplos

²Robert Ellsberg, *All Saints: Daily Reflections on Saints, Prophets, and Witnesses for Our Time* (Nueva York: Crossroad, 1997).

maravillosos y fijado criterios que nos ayudan a ver nuestra propia dimensión humana cuando luchamos y celebramos nuestra participación en la misión de Dios. Quizás nuestros héroes o heroínas sean los fundadores de nuestras congregaciones misioneras: Gaspar de Bufalo, en el caso de los Misioneros de la Preciosa Sangre; Arnoldo Janssen en el de los Misioneros del Verbo Divino. Tal vez puedan servirnos de orientación e inspiración los grandes misioneros del pasado, como Carlos de Foucauld, Alopen de Siria oriental, Mateo Ricci, o María Magdalena, Apóstol de los Apóstoles. O misioneros héroes y heroínas de nuestra propia cultura, como Oscar Romero de América Latina, Alessandro Valignano de Italia, Lorenzo Ruiz de Filipinas, Samuel Ajayi Crowther de Nigeria. Podría ser también que nuestros modelos de misión sean los miembros mayores de nuestra congregación con los cuales hemos trabajado. Estoy pensando en un verbita alemán, Fritz Scharpf, del que aprendí tanto cuando era un misionero joven en Filipinas, o en mi maestro y después colega Bernhard Raas de Suiza.

Una vez más, sería bueno que ahora el lector se detuviera a pensar en los grandes hombres y mujeres que han tenido influencia en su vida, le han servido de inspiración o lo han escuchado con simpatía. Ellos son los agentes del Espíritu que plasman nuestra espiritualidad misionera.

III. Activo y pasivo cultural

Todos somos personalidades únicas, con ventajas y desventajas, y el desarrollo y cultivo de una espiritualidad misionera consiste en reforzar y aprovechar las ventajas y atenuar, en lo posible, las desventajas. Pero somos algo más que individuos. Somos personas que pertenecemos a una época y a una generación determinadas. Estamos configurados por nuestras familias, y por nuestra clase social y la educación que hemos recibido. Tenemos la formación y las deformaciones de la cultura con la que nos identificamos.

La cultura es algo más que prácticas y costumbres. Y algo más que valores y actitudes. La cultura plasma nuestra cosmovisión y, sobre todo, la manera cómo *construimos* nuestro mundo y nuestra propia personalidad. *Realmente*, los occidentales se consideran primero como individuos y sólo en un segundo momento como relacionados con otros, incluida la familia. Los latinoamericanos, africanos y asiáticos *realmente no* se consideran primero como individuos (me atrevería a decir), sino como relacionados vitalmente con la familia, la comunidad, la tribu. ¿Quién tiene la “verdad”? ¿Cuál es la forma mejor de organizar la sociedad, la jerárquica o la democrática? No hay una respuesta objetiva a esto.

La cultura no es algo que nos podemos poner o sacar como una vestimenta. Aunque podemos *aculturarnos* a diversas circunstancias nuevas, desde el primer momento de nuestra vida estamos *inculturados* en una cultura por la influencia de nuestra familia, de nuestros amigos, de nuestro lenguaje, y del ambiente que nos rodea. Hay personas realmente biculturales, y hay quienes logran aculturarse notablemente; pero la mayor parte de nosotros – la gran mayoría – nunca logra desprenderse de su cultura original.

De ahí la gran importancia de saber quiénes somos desde un punto de vista cultural: italianos, alemanes, polacos, estadounidenses, chilenos, indios. Cada uno de nosotros lleva a la misión todo un bagaje cultural, y tenemos que ser conscientes de que ese bagaje puede

ayudarnos o bien puede ser un *impedimentum* (bagaje en latín), un lastre en nuestro ministerio transcultural. Es importante comprender y creer que de por sí *toda* cultura es buena y mala a la vez, y que toda cultura ofrece oportunidades e impedimentos para el crecimiento en otra cultura o situación. No hay culturas que sean totalmente buenas o totalmente malas.

Como estadounidense, por ejemplo, yo llevo a la pastoral una actitud de confianza, propia de la positividad yanqui, y un sentido de igualdad de todos los pueblos que me ayuda a crear un fuerte sentido de participación en la gente con la que trabajo. Me gusta trabajar con un laicado sólido y dotado de una buena formación. Como ciudadano de una nación próspera y poderosa, tengo confianza en mí mismo y en mi cosmovisión, y confianza en las capacidades de los demás. Pero esta confianza y seguridad pueden degenerar en arrogancia. Mi sentido de igualdad y participación podría herir las sensibilidades de personas que reconocen la existencia de roles distintos, importantes e incluso sagrados dentro de sus sociedades. Los recursos que poseo me permitirían vivir con un estilo de vida que podría separarme realmente de las personas a las que sirvo. Mis compatriotas admiran mi modo de hablar franco, pero eso mismo podría resultar ofensivo para los hombres y mujeres que me acogen.

De manera que una parte de mi espiritualidad consiste en reconocer quién soy desde el punto de vista cultural y tener la seguridad de que mi identidad no obstaculice la obra de Dios. Nunca podré desprenderme de mi identidad, pero la puedo controlar, y aprovechar sus aspectos positivos. La oración es el espacio en el que puedo modelar mi identidad y renunciar a mí mismo en aras de mi ministerio. Nuevamente, éste es el momento en el que los lectores tal vez quieran detenerse para hacer su propio “inventario cultural”.

IV. Perspectivas teológicas

Todo cristiano es teólogo. Podemos no reconocerlo, y afirmar que nos interesa sólo la pastoral y no la teología. Pero en esa misma afirmación se encierra una teología. Más allá de que nuestra teología sea muy evolucionada y articulada, o no, lo importante es captar que la dinámica fundamental de la teología forma parte de la fe, y que por eso es inevitable tener una teología. Según el autor espiritual Henri Nouwen, lo que caracteriza a un buen pastor es ser consciente de esa dinámica en su vida.³

Nuestra teología plasma nuestra visión del mundo, y proporciona el marco de nuestra espiritualidad. De nuestra concepción de Dios (juez, padre, amigo, misterio), de Jesús (más humano o más divino), de María (modelo de discípulo, camino de acceso a un Dios fundamentalmente airado), de la iglesia (comunidad misionera, comunidad jerárquica) sacamos energías para nuestro ministerio, nos damos tiempo para la oración, nos sentimos desafiados, intimidados o desalentados.

El historiador de la iglesia cubano americano Justo L. González habla de tres tipos básicos de teología que pueden modelar nuestra forma de ver el mundo y de hacer pastoral.⁴

³Véase Henri Nouwen, *In the Name of Jesus: Reflections on Christian Leadership in the Future* (Nueva York: Crossroad, 1989).

⁴Justo L. González, *Christian Thought Revisited: Three Types of Theology* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1999).

González habla primero de la teología de “tipo A”, que tiene su fuente en el siglo III en Tertuliano, abogado romano de África del Norte, que hace hincapié en el orden y, en cierta medida, la ley. Dios es un Legislador; el pecado humano es una desobediencia; Jesús vino a traer la nueva ley y a colmar el abismo entre la humanidad y Dios por medio de su obediencia hasta la muerte. La teología de “tipo B” se remonta a Orígenes, el gran pensador de Alejandría de Egipto. Influenciado por la filosofía platónica, este tipo de teología se centra en la búsqueda de la verdad, por todos los medios racionales y culturales posibles. Según esta teología, Dios es el Uno, cuya contemplación la humanidad no logró mantener y ahora tiene que recuperar; Jesús es la forma visible de Dios, que nos ayuda a conseguir el objetivo de la contemplación. La teología de “tipo C” tiene su modelo en el obispo y pastor sirio Ireneo, exiliado y misionero en las fronteras del Imperio Romano en Lyon, Galia (la Francia de hoy). Esta es una teología pastoral, basada en la experiencia. Para Ireneo, Dios es el gran Pastor, que cuida con amor a sus ovejas. Dios no hizo el mundo perfecto, como pensaba Tertuliano; ni las almas humanas existían antes de la creación, absortas en la contemplación de la divinidad hasta que se distrajeron y quedaron sumidas en el ámbito de lo corpóreo. No, la humanidad fue creada imperfecta pero eminentemente perfectible, y Jesús nos enseña el camino para lograr nuestra plena identidad como imagen y semejanza de Dios. Cada tipo de teología supone una espiritualidad diferente: el tipo A podría hacer hincapié en una espiritualidad de estricta disciplina; el tipo B podría concebir la espiritualidad como un camino de diálogo con las muchas culturas del mundo; el tipo C podría concebir la espiritualidad como una relación que ha de cultivarse. Tengo la sensación de que los cristianos de hoy pertenecen a uno de estos tipos, y que ello afecta y plasma su espiritualidad y al modo (como en nuestro caso) de hacer frente a la diferencia cultural, las luchas y los fracasos, la pobreza y la riqueza.

A medida que nos vamos haciendo cada vez más conscientes de nuestra teología y la vamos explicitando mejor, puede llegar a ser más coherente y autocrítica. Es por eso que el desarrollo de una espiritualidad de la misión está tan íntimamente relacionada con la formulación y crítica de la propia “teología operativa”. ¿Concebimos la doctrina más en la línea del tipo A? Entonces, al traducirla a otras culturas no aceptaremos compromisos. ¿Dios es el “gran compañero, el camarada en el sufrimiento, que comprende”? como dijo una vez Alfred North Whitehead, en coincidencia con la imagen del Dios Pastor de Ireneo? ¿A la hora de querer entender la verdad de la Revelación presente en otras religiones qué importancia tiene para nosotros la divinidad de Jesús? ¿Qué clase de Dios entendería nuestros fracasos en la misión? ¿Qué tipo de iglesia alentaría la participación de las bases? Son posturas teológicas que tenemos que aclararnos para orientarnos en nuestro camino misionero transcultural.

V. Experiencia de misión

Repito, ninguna espiritualidad puede desarrollarse en abstracto. La espiritualidad siempre hunde sus raíces en circunstancias y experiencias concretas. Si un misionero está empeñado en aprender una lengua, por ejemplo, su esfuerzo lo orientará a un tipo de oración (abandono, paciencia), a valorizar aspectos ascéticos (estudiar, tener la humildad de ser como niño, correr el riesgo de decir ridiculeces, ser corregido), a dar importancia a ciertos pasajes de

la Escritura (por ejemplo, Mc 10, 13-16, sobre el hacerse niños; Jn 3, 3 sobre el recién nacido), a valorar el significado de algunos misioneros (Cirilo y Metodio y su importante traducción de la Biblia, Mateo Ricci en China). Las amenazas de violencia o de muerte, los fracasos, o la aceptación de la gente después un tiempo prolongado son experiencias que plasman la vida espiritual de un misionero.

Para poder conocer y analizar mejor sus experiencias será importante que los misioneros las compartan, incluso cuando vuelven a su patria, porque es de fundamental importancia que se comuniquen y aprecien. La búsqueda del apoyo de un grupo y la asistencia periódica a sus reuniones serán otra forma de cultivar la espiritualidad de la misión.

VI. Prácticas

Por último, aunque ya nos hemos referido a ello anteriormente, la espiritualidad de la misión se cultiva mediante la fidelidad a algunas prácticas básicas. La teología contemporánea ha redescubierto la importancia de la repetición de acciones que finalmente crea hábitos.⁵ La fidelidad a momentos y formas particulares de oración, a prácticas ascéticas y formas de conducta nos configura de manera muy sutil pero evidente.

Huelga decir que todos los tipos de espiritualidad suponen la práctica habitual de la oración. Pero la espiritualidad de la misión exige que el contenido de esa oración se proyecte sobre todo el mundo. Lo cual podría lograrse utilizando el periódico como texto básico, o evocando a las personas con las que trabajamos, y todas sus riquezas culturales. Será una oración de *kenosis* o anonadamiento. Una oración que, si procede, se valdrá de las formas y contenido de otras creencias con las cuales trabajan los misioneros.

Una espiritualidad de la misión supone una vida sencilla, en solidaridad con los pobres del mundo. Para los que venimos de países más ricos esto puede representar todo un desafío, pero es algo fundamental.

En cuanto a la ascética, la espiritualidad sobre la que estamos reflexionando podría practicar dos tipos. Uno sería el de la “ascética del riesgo”, con lo cual no me refiero a exponerse ingenuamente a peligros, violencias o muerte. Todo esto podría ser necesario (pienso en misioneras como Dorothy Stang en Brasil), pero no es a lo que me refiero aquí. Se trata, más bien, de cómo nos organizamos en nuestra vida diaria: en qué idioma hablamos, qué tareas pastorales realizamos, qué lecturas hacemos. Mi experiencia es que en situaciones transculturales a menudo optamos por pasar el tiempo con nuestros propios grupos culturales o lingüísticos, en nuestros presbiterios y conventos, comiendo lo que estamos acostumbrados a comer. La “ascética del riesgo” sería la opción de ir más allá de las zonas en las que nos sentimos cómodos. Tal vez no siempre, pero al menos una parte del tiempo.

Un segundo tipo de práctica ascética sería el de aprender a escuchar más que hablar. Es algo difícil, porque a menudo los misioneros ocupan una posición de poder y de prestigio,

⁵Véase, por ejemplo, Miroslav Volf y Dorothy C. Bass, eds., *Practicing Theology: Beliefs and Practices in Christian Life* (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2002).

desde la cual tienden a hablar demasiado, y demasiado pronto. En Filipinas, donde trabajé como misionero hace unos años solía decirse que todo misionero nuevo debía estar en silencio por lo menos de seis meses a un año. Después de eso, cada tanto podía aventurarse a expresar con humildad alguna opinión. Pero lo principal era escuchar, observar. Aprender a escuchar realmente lo que se está diciendo, a menudo “entre líneas”. Aprender a ver realmente lo que está sucediendo en un contexto con el que uno no está familiarizado. Todo esto constituye un ejercicio importante de negación de sí mismo, pero que arroja dividendos en el futuro.

Por último, aunque estoy seguro de que se podrían mencionar otras prácticas, es importante que los misioneros cuenten con un director espiritual, alguien con quien hablar. Larry Nemer establece las cualidades de esa persona de la siguiente manera. En primer lugar debería ser uno que escuche con un corazón comprensivo: “alguien que tenga tiempo, que quiera hacer de la experiencia [del misionero] la prioridad del momento”. Segundo, ha de ser una persona sabia y experimentada, capaz de aconsejar al misionero sobre el “modo acertado” de hacer una cosa u otra en una determinada cultura. Tercero, debería ser alguien “sereno, que tenga confianza en sí mismo y no se sorprenda de nada”.⁶ Nuestra espiritualidad de la misión tiene que desplegarse en una actitud de diálogo franco y abierto.

En este momento tendría sentido que el lector reflexionara sobre algunas otras prácticas que podrían promover una espiritualidad que sostenga e inspire la difícil pero apasionante labor de la misión.

Conclusión

En estas reflexiones he tratado de trazar un marco dentro del cual los hombres y las mujeres situados en las distintas etapas de la actividad misionera (preparación, recién llegados, veteranos, repatriados, o retirados) pueden cultivar una espiritualidad que los sostenga, estimule, consuele y haga más profundos. Como la espiritualidad en general, no hay una que sirva para todos. Pero todas han de estar basadas en la Escritura, la Tradición cristiana y la experiencia humana. Tratando de descubrir cómo la Escritura puede inspirar, cómo la Tradición puede constituir un desafío y un ancla, y cómo la experiencia humana puede ser un reto continuo, desarrollaremos una espiritualidad de la misión idónea para nuestra situación particular y, por lo tanto, conforme a la mente de Cristo.

Preguntas para el discusión

El profesor Bevans presentó una bosquejo o encuadre de la espiritualidad misionera, que incluya:

- Fundamentos bíblicos
- Héroe y heroínas de la misión
- Deberes y derechos culturales

⁶Larry Nemer, “The Issues and Challenges of Cross-Cultural Mission in Promoting the Mission of the Church,” (Charla inédita).

- Perspectiva teológica
- Experiencia misionera
- Pastoral misionera

Abordemos solamente tres:

1) ¿Hay un pasaje bíblico que define o es fundamental para su propia espiritualidad misionera?

2) ¿Quiénes son sus héroes o heroínas misioneros?

3) Narre una pequeña historia o dé un ejemplo de su práctica misionera.